

DEMASIADO BUENO

La tarde es fría, el viento afilado, flota una humedad a hierros mojados. Lleva caminando y reviviendo «aquello» hace varias horas. Los rascacielos y las bocinas han dejado atrás su angustia. Se ha perdido, le pregunta al del camión repartidor de leche:

—¿El cementerio de Forest Lawns, por favor?

—Pase Usted la vía del tren y cuando llegue a un grupo de barracas allá al fondo a la derecha lo verá.

Los Taylor tenían suerte, Carl su único hijo era un gran muchacho, afable, y bondadoso en extremo. Cuando la ceremonia de fin de curso su madre había llorado ante el diploma especial y la prolongada ovación de simpatía con que absejaron a su hijo.

Salido de la Universidad, Carl convirtiéndose en un honrado ciudadano que no por ser «el primero de la clase» dejó de tener sus dificultades para abrirse camino. Su primer puesto en una compañía de seguros era muy inferior a sus posibilidades, su ascenso hubiera sido lento, por eso lo abandonó, no debía cerrarse en una máquina de escribir.

Pasaron algunos meses sin encontrar la oportunidad. Acuciada por las prisas aceptó la dirección de una librería. Uno de los empleados viejos cometía irregularidades, Carl le previno, tapó con su aportación algunos agujeros, incluso ante el silencio del subordinado aguantó ciertas observaciones que no debiera. La verdad es que no supo desenvolverse. Llegó el día en que faltó una cantidad respetable. No pudo defenderse, el viejo empleado saltó sobre su presa y la devoró en un segundo. Con buenas palabras y una palmadita en el hombro le pusieron a la calle. A raíz de ello se lo oyó decir una vez más, «eres demasiado bueno». Y él odió aquellas palabras que simbolizaban su primer fracaso.

Así, sin trabajo llegó el período de vacaciones. Carl pudo disfrutar del amontonamiento humano de la playa y hasta algunos días gozar de un sol que le permitió despellejarse a conciencia. La ambientación veraniega no le distraía, se hallaba desmoralizado. Paul, un amigo hecho al azar, quien renovó sus ánimos, le llevó a su grupo de descendientes de emigrados favorecidos por la fortuna. Paul y sus amigos eran optimistas, dinámicos.

Especialmente Paul se lo repetía a menudo, Norteamérica era un país de enormes posibilidades y más para una persona de su capacidad. Cuando así hablaba tenía esperanzas de llegar a millonario sin ser nieto de un vendedor de periódicos. Haberle conocido en el club fué una suerte. Era un gran amigo cuya amistad se fué haciendo irremplazable.

Sumergidos de nuevo en la ciudad cayó en un nerviosismo extremo. (El primero de la clase seguía sin encontrar trabajo). Un amor rabioso, colegial, aumentaba sus desvelos. La imagen de Ellen, la armonía de su cuerpo y su cabello alborotado en la playa le obsesionaban. Sin darse cuenta consumió su segundo fracaso. Charly iba a casarse con ella. Se hundió en un desespero agrio, desarregló su conducta, de no ser por Paul hubiera sido capaz de cualquier disparate. Y el amigo hizo más que levantarle el ánimo, tras un gradual ascenso, le nombró asesor técnico de su departamento. Este cargo abrióle inmensas perspectivas que le llevaron a afianzar su porvenir. Todo se lo debía al amigo.

Carl se portó mal con Paul. Este tuvo una caída económica vertiginosa, fué a él, aún podía salvar lo último. Necesitaba una firma que lo respaldara, todos le negaban la confianza, él hubiera podido ayudarle. Pero no, no lo hizo. Le dejó hundirse. Fué el primer hecho venenoso de su vida y le tocó a Paul. Precisamente a Paul. Este se arrinconó en su fracaso hasta desaparecer.

Con el paso del tiempo el recuerdo del amigo fué para Carl un pincho que se hinchaba en la garganta de su conciencia amenazando ahogarle. Nada sabía de él. Inesperadamente, quizás a mitad de una película aparecía en su memoria y el pincho golpeábale y la opresión le envolvía el pecho.

Con sorpresa recibió su visita, Costaba reconocerle, flaco con barba de varios días, mal vestido. Carl al verle sintió asco de sí mismo. Demasiado bueno. Dos palabras que se le pegaban nauseabundas a la carne. Le regaló un traje usado, le obligó a aceptar algún dinero y prometió ayudarlo. Paul se deshizo en agradecimientos, no le guardaba rencor, lo de antes no importaba, ahora le ayudaba a reconstruir su existencia. Le colocó con un aceptable empleo en una empresa de la que era sub-gerente, para que le aceptaran gastó méritos con él. Paul le asfixió de bondad, la reflejaba en todos sus actos y Carl fué sintiendo resquemor por la servidumbre de amigo. Le dolía ser bueno, creía que le cerraba las puertas, (Charly era un mal tipo, pero él había enamorado a Ellen), y la bondad se vengó de él. Apartando las sonrisas que le envolvían le empujó con su aliento corrompido a la bajeza de aquella traición. ¿Impotencia, fatalismo, maleficio? No supo por qué lo hizo. Otra vez a Paul. Como quien no hace nada. El director le hablaba goleándole. ¿Qué escándalo, mi hijo, con una cajera, hay que encubrirlo, ella será fácil, pero y él? ¡Eso!, es un empleado nuevo, Usted lo trajo, nada nos importa prescindir de su trabajo, la culpa sera suya, Usted lo hara. Se hundió en la mugre de la columnia. Lo hizo. Si, ha sido él. Y lo probó ante todos, ante el rostro de Paul que le miraba hecho piedra, una piedra cuyo peso siempre aplastaría su existencia.

Nunca apartó el escalofrío del remordimiento. Siempre aquel dedo negro le señalaba escondido, apretándole el cerebro, clavándole un miedo asfixiante. Insomnio. Al desesperante compás del reloj las horas se amontonaban. Un vacío de silencio acompañaba su desaliento. Queriendo ahogar las horas angustiosas de la madrugada encendió la radio, retransmitían el boletín de noticias. Y en la penumbra de la habitación, al cabo de diez años, supo de Paul. La voz desgana del locutor dió la noticia «Han sido identificados en Seul los restos mortales de otros nueve soldados, sus cadáveres serán transportados a Nueva York para recibir sepultura en...» La voz continuó monótona, uno tras otra nueve nombres, Paul era uno de ellos.

Avanzaba en la tarde desapacible. El asfalto de las calles hería sus pies pero necesitaba ese dolor. Al final de la Avenida, como una voz acusadora, el mármol blanco de la iglesia de San Patrick. Parece que todos los ruidos de la ciudad le insultan, su ciudad es una mole inhumana. Atraviesa ahora las islas y lagos de Pelham Bay Park, no hay niños, ni parejas, solo hojarasca desconsolada. No sabe el tiempo que ha transcurrido, no puede estar lejos, le pregunta al del camión repartidor de leche.

—¿El cementerio de Forest Lawns por favor?

Entra vacilante, con temor a ser mal acogido. Cientos de cruces cuelgan de la montaña. Se queda clavado. Panteones, monumentos funerarios, lápidas, flores marchitas y un silencio acusador, petrificado por el viento, le rodean por todas partes. Duda, camina temeroso. Hileras de árboles alargados por el dolor le miran con desprecio. El cementerio es la ladera de una montaña. Penosamente sube las escalinatas. Por todos lados sendas flanqueadas de nombres en negro y argollas, parecen interminables, sentir su humedad a muerto es una penitencia. A medida que asciende el cementerio abandona su barniz poético. Ya no hay panteones suntuosos rodeados de verjas, ni estatuas, ni mármoles. Ahora recorre unos pasillos estrechos y altos con hileras de nichos que se amontonan hacia lo alto cerrando el cielo.

¿Por qué la maldad le eligió a él? ¿Qué fuerza le anuló hasta hundirle de modo semejante? ¡El capaz de aquello! Podían preguntar a todos, imposible dirían. Hundió a Paul y acabaría por destrozarse también él. Fué como si unas manos le hubieran empujado, no habría podido resistirse.

Unas viejas enlutadas rezan silbeantes. «¿Como liberarse